

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo  
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.  
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

## Dominica 1.<sup>a</sup> de Cuaresma.

*Ductus est Jesus in  
desertum ut tentaretur  
à diabolo.*

MATTH., IV. 1.

Jesús fué conducido  
al desierto por el Espí-  
ritu Santo para ser ten-  
tado por el diablo.

Grande es el gozo que experi-  
mento al contemplaros reunidos  
en torno de esta sagrada tribuna  
para escuchar de mis labios las  
grandes verdades que la Iglesia  
nuestra Madre me manda predi-  
car en este santo tiempo de Cua-  
resma. Como la piedra lanzada  
de lo alto desciende veloz hácia  
su centro; como el hambriento  
infante se arroja presuroso á los  
pechos de su nodriza; como el  
ciervo sediento se lanza desde la  
altura hácia el fondo del barran-

co en busca de cristalina corrien-  
te, así debeis correr vosotros al  
templo del Señor, impulsados por  
el cristiano y nobilísimo deseo de  
escuchar y aprender la doctrina  
del Evangelio, que es para todos  
manantial inagotable de felicida-  
dad, luz para los ciegos, sabidur-  
ría para los ignorantes, leche para  
los niños, pan para los adul-  
tos, fortaleza para los débiles,  
para los extraviados camino,  
fuente de aguas vivas para los  
que tienen sed, y para los que  
navegamos por este mar del  
mundo, que hierve en tempesta-  
des, faro luminoso puesto en es-  
collo eminente.

La obligacion de escuchar la  
palabra divina es ineludible y  
comprende á todos los católicos.  
¿Os negareis vosotros al cumpli-  
miento de esa obligacion por tan-  
tos títulos sagrada y de tantos

bienes, así privados como públicos, garantía segura y manantial inagotable? Os llama la Iglesia, tierna y amorosa Madre que en este santo tiempo de Cuaresma desea veros congregados bajo las bóvedas sagradas del templo de Dios para fortificar vuestro corazón con el divino alimento de la doctrina celestial y ofreceros en su maternal corazón, un asilo seguro contra los enemigos de esa dicha, á semejanza de la gallina que reúne los polluelos y los cobija bajo sus alas para darles calor y defenderles de todo peligro. ¿Reusareis la pronta obediencia y dócil sumisión que debe todo cristiano al amoroso llamamiento de la Iglesia, nuestra Madre?

Os lo manda Dios, y cuando Dios manda hay que obedecer. Y ¿seréis tan insensatos que oséis rebelaros contra el precepto de Dios? Me lisongo con la grata esperanza de que no sucederá así. De todos modos, yo he cumplido mi deber, levantando mi voz para recordaros la obligación que teneis de asistir todos los domingos á escuchar las verdades evangélicas que valen para los pueblos algo más que el oro y las riquezas. Escuchad ahora las sublimes verdades, las máximas verdaderas y los altos ejemplos

que ofrece á nuestra consideración el evangelio de este día,

El inspirado Evangelista nos presenta á Jesucristo en el desierto, preparándose para la tentación. Entonces tuvo lugar la más singular contienda entre el Rey de los Cielos y el Príncipe de los abismos, entre Jesucristo y Satanás. Tres veces acomete el tentador á Jesucristo y otras tantas es rechazado victoriosamente. Acométele primero con las armas de la sensualidad, y Jesucristo le vence con las armas de la abstinencia y de la mortificación. Segunda vez le acomete con la tentación del orgullo, y segunda vez es rechazado con un acto de la más propicia humildad. Acométele finalmente con la codicia y le vence con el arma de la abnegación. Entonces huyó despavorido el caudillo del infierno y al momento llegaron los Angeles y prestaron sus servicios al glorioso vencedor de Satanás. Ya sabéis que siendo Jesucristo impecable por naturaleza, no podía ser vencido por ninguna tentación. Si permite al demonio que venga á tentarle; si el sublime campeón de la humanidad acepta desde luego la batalla que le presenta el caudillo del infierno; si Jesucristo se somete á la tentación, no es por sí mismo sino por nosotros, para

ser nuestro maestro y nuestro modelo. Yo vengo á hacer de cada uno de vosotros un buen soldado de Cristo; yo voy á ofrecer la palma del triunfo; yo vengo á enseñaros el arte de vencer en todos los combates. Al efecto os demostraré sencillamente los dos puntos siguientes: 1.º, las precauciones que debeis tomar contra la tentacion antes de ser acometidos por ella, y 2.º, la defensa que debeis oponer á la tentacion cuando os acometa.

—  
Si Jesucristo ha sido tentado, síguese que todos debemos serlo. ¿Quién tendrá la presuncion de creerse libre de las tentaciones, cuando el Justo por excelencia, cuando el Santo de los Santos, cuando el mismo Jesucristo no se vió libre de ellas? La vida del cristiano sobre la tierra no es otra cosa que tentacion y batalla. «No hay hombre ninguno que, sabiéndolo ó ignorándolo, no sea combatiente en este rico combate; ninguno que no tenga una parte activa en la responsabilidad del vencimiento ó de la victoria. Lo mismo combate el forzado en su cadena que el Rey en su trono; lo mismo el pobre que el rico, el sano que el doliente, el cautivo que el libre, el viejo que el mozo, el civilizado que el sal-

vaje.» De esta singular milicia son soldados todos los nacidos. Y no me digas que no quieres combatir, porque en el instante mismo en que me lo dices, ya estás combatiendo; ni que ignoras á que lado inclinarte, porque en el momento mismo en que eso dices, ya te inclinaste á un lado; ni me afirmes que quieres ser neutral, porque cuando piensas serlo, ya no lo eres; ni me asegures que permanecerás indiferente, porque me burlaré de tí, como quiera que al pronunciar esa palabra, ya tomaste tu partido. «No te canses en buscar así lo seguro contra los azares de la guerra; esa guerra se dilata tanto como el espacio y se prolonga tanto como el tiempo. Esa guerra comenzó en el paraíso y se ha perpetuado hasta nosotros y se perpetuará hasta la consumacion de los tiempos.» En todas partes y en todos los tiempos tienes que luchar, que acometer y que defenderte, porque en todas partes y en todos tiempos nuestros enemigos nos combaten y persiguen, aquí y fuera de aquí, en la ciudad y en el campo, en el interior de la casa y en medio de la sociedad, eu el silencio de la noche lo mismo que en el tumulto del mundo. Solo en la eternidad, pátria de los vencedores, puedes

encontrar descanso; porque solo allí no hay combate; no presumas, empero, que se abran para tí las puertas de la eternidad sino muestras antes las cicatrices que llevas; aquellas puertas no se abren sino para los que combatieron aquí los combates del Señor gloriosamente, y para los que van, como el Señor, crucificados. Así habla un eminente publicista católico. Esta dura necesidad de sufrir la tentación y de estar siempre en batalla nos parece muy deplorable. Pero entra en las miras benéficas de la Providencia para crear en nuestros corazones todo linaje de virtudes y poner en nuestras cabezas la corona de la inmortalidad. El hombre que jamás ha sido tentado, que nunca ha combatido contra sus pasiones, dice el Espíritu Santo, ¿qué es lo que sabe? la experiencia es la que ensancha los pensamientos.» (1) La lucha es necesaria, inevitable, pero no debemos arredrarnos, porque la victoria es segura: porque la misma fé, que nos muestra al enemigo ocupado continuamente en combatirnos, nos manifiesta también el poderoso auxilio con que podemos contar para salir victoriosos en todas las tentaciones y triunfan-

tes en todos los combates. El mismo Dios que nos manda luchar, nos ha prometido la gracia necesaria para vencer, y ya sabéis que Dios es fiel en el cumplimiento de sus promesas y no consentirá jamás que la tentación sobrepuje nuestras fuerzas, antes bien, en medio de la lucha, reanimará nuestro valor y fortalecerá nuestro brazo para derrotar á nuestros enemigos y ceñir á nuestra frente la corona de la victoria (1). ¿Podemos nosotros dudar de la victoria cuando el que está dentro de nosotros para defendernos es más fuerte que el que está en el mundo para acometernos? (2) Aunque el demonio, como leon rugiente, se lance sobre nosotros para devorarnos; aunque el mundo pretenda seducirnos con falaces promesas y mentidos placeres; aunque rebelde nuestra carne conspire contra nuestro espíritu, y las pasiones sublevadas amenacen esclavizar á nuestra alma y arrastrarnos por el fango del pecado y del vicio; aunque todos estos enemigos se conjuren contra nosotros para avasallarnos y perdernos, no debemos desmayar, no debe temer nuestro corazón, porque si Dios está con nosotros,

1 Eccli., XXXIV, 9.

1 Ad Cor. X, 13.

2 Joan, IV, 4.

¿quién podrá con nosotros? Tenemos un caudillo invencible, que es Jesucristo, y una bandera gloriosa, que es la Cruz, y una armadura inquebrantable porque es divina; tenemos un cinto que ciñe nuestros riñones, y es la verdad; una corona que cubre nuestro cuerpo, y es la justicia; un escudo que rechaza los dardos del enemigo, y es la fé; un casco que defiende nuestra cabeza, y es la esperanza; y una espada vencedora que arma nuestro brazo, y es la palabra de Dios (1).

Veamos ahora las precauciones que hemos de tomar contra la tentación, antes que el enemigo nos acometa, y la resistencia que hemos de oponer á la tentación desde el comienzo de la lucha. Jesucristo, nuestro Rey y Señor, nos lo enseña hoy con la palabra y el ejemplo. Que debemos estar siempre dispuestos para el combate, ¿quién puede dudar? Considerar la conducta de Jesucristo. El Evangelio nos advierte que no se dirige por sí mismo al lugar donde debe ser tentado sino que es conducido allí por una inspiración del Espíritu Santo: primera lección que nos dá para que no nos presentemos por nosotros mismos en la tentación. No

vayais voluntariamente en busca de las tentaciones porque sois perdidos. Tened por cierto que Dios ha prometido, y no faltará á su promesa, de asistirnos con auxilio poderoso en las tentaciones imprevistas, en aquellas que nos acometen de improviso ó en las que nos vemos por razon de nuestro oficio ó por circunstancias imperiosas, ó en las que nos asaltan con frecuencia en el cumplimiento de nuestros deberes. En este caso confiad que no os faltará la gracia del combate y por consiguiente la palma de la victoria. Pero si voluntariamente buscáis las tentaciones y os lanzáis temerarios en medio de los peligros, no lo dudeis, vuestra ruina es segura, inevitable porque escrito está que el que ama el peligro en él perecerá. (1) Si voluntariamente os colocáis en el peligro no conteis con el auxilio de Dios, pero estad seguros de vuestra perdición. Yo creo, con dolor en el corazón y con lágrimas en los ojos, que la inmoralidad aumenta cada día, que el vicio se ostenta victorioso y la corrupción se difunde por todas partes y las costumbres se depraban y los corazones se envilecen y las almas se degradan y los

1 Ad Ephe., VI, 12 et 17.

1 Eccli. III, 27.

cristianos siguen viviendo tranquilos bajo el infame yugo de Satanás. Pero ¿cuál es la causa de tan gravísimos males? La causa no es otra que esa punible temeridad y esa pasmosa imprudencia y esa serenidad incalificable con que os lanzáis en medio de los mayores peligros sin considerar que vosotros sois flacos y el enemigo es muy fuerte y muy astuto y gran seductor, y os acecha constantemente y os espera en ventajosas posiciones para caer sobre vosotros y arruinar vuestra virtud y dar muerte á vuestras almas.

Todos sabéis que las malas compañías son peligrosas, que los malos pervierten á los buenos y una triste experiencia nos enseña diariamente que los malos compañeros no son otra cosa que propagandistas de la inmoralidad y del vicio, asesinos de las almas, agentes del demonio en su infame tarea de perder á los hombres y corromper á los pueblos. Pero si esto sabéis y tan caras lecciones os tiene dadas la experiencia ¿porqué no abandonáis las malas compañías? ¿Porqué os juntáis á esas personas que tantas veces os han inducido al pecado? ¿Porqué cultiváis esas amistades criminales que os roban el amor de Jesucristo y la

amistad de vuestro Dios? ¿Porqué frecuentáis esos lugares de perdición que Dios maldice y la Religión condena, casas de baile, reuniones peligrosas, lugares nefandos donde triunfan todos los vicios y perecen todas las virtudes! ¿Porqué, vosotras, mujeres cristianas, porque concurrís á esas reuniones, juntas, y tertulias donde lastimáis la honra ajena con la murmuración y la calumnia y el falso testimonio; donde censuráis la vida del prójimo y descubris sus pecados, descuidando el arreglo de vuestra vida y la reforma de vuestras costumbres? Y vosotros, hombres disipados, ¿porqué concurrís diariamente á los centros de corrupción y de embriaguez donde malversáis el dinero y hasta el sustento de vuestros hijos, donde aprendéis malas doctrinas, y os acostumbráis á torpísimas conversaciones, al escándalo y á la disolución, á la riña y á la blasfemia? ¿No comprendéis la gravedad de los peligros que corre vuestra virtud y la ruina que os proporcionáis con tan imprudente conducta y temerario proceder? Esa es la causa de vuestras caídas y recaídas. Esa es la razón suficiente de vuestras malas costumbres y de vuestro apego á la disipación, al vicio y al pecado.

Ese es el poderoso obstáculo que se opone á vuestra enmienda y os aparta cada dia mas del camino de la conversion. De ahí procede esa dificultad casi invencible que encontrais para dominar vuestras pasiones y romper los lazos del vicio que tienen cautiva á vuestra pobre alma, y no la dejan moverse hácia Dios, norte de los espíritus, centro de los corazones. Huid, hermanos míos, de los peligros y evitad con diligencia toda ocasion de pecar.

Pero no basta huir de los peligros y ocasiones que, como piedras de escándalo, se oponen á nuestro paso en los caminos de la vida para hacernos caer en la culpa. *Per solam fugam, dice el venerable Kempis, non possumus vincere.* Para vencer las tentaciones que nacen de nosotros mismos, es preciso luchar contra nuestras malas pasiones, porque dentro de nosotros llevamos el mas peligroso enemigo. *Quia in nobis est unde tentamur* (1.) Si el orgullo os tienta, si sois propensos á la ira, si á la envidia, si á la codicia, si á la murmuracion, al odio y á la venganza os sentis arrastrados, poned la mano en esos enemigos, atárcelos con vigor, dominadlos, hasta que lo-

greis su completa sumision, y entonces vereis cuan fácil es abstenerse del pecado, y cuan suave, deliciosa y agradable la práctica de la virtud. Estad atentos, vigilad, preparaos á rechazar los primeros asaltos de la tentacion.

Os asaltará primero un pensamiento malo, despues una fuerte imaginacion, luego sentireis el estímulo del placer, y últimamente al movimiento interior que produce la sensacion culpable, acompaña el consentimiento de la voluntad, que es ya la consumacion del pecado interno. ¿Queréis vencer en esta lucha que tanto os interesa? Resistid al principio. *Principiis obsta.* Ahogad en su cuna el primer pensamiento, matadle apenas haya nacido, y así vencereis seguramente toda tentacion. Al efecto necesitais la luz y el auxilio de la divina gracia. La oracion es un medio poderoso y necesario á todo hombre que aspire á la corona de los vencedores. Vigilad y orad para que no caigais en la tentacion. Y luego no olvideis que la confesion frecuente y la frecuente comunión han sido instituidas por Jesucristo para sanar nuestras almas, heridas por el pecado, y para fortificarlas con el sacratísimo alimento de la Eucaristia, tan necesaria á la vida de nuestro espí-

1 Kempis. lib. 1.º XIII.

ritu como el alimento terreno á la vida de nuestro cuerpo.

No aleguéis excusas vanas y frivolos pretextos. Si no venceis vuestras pasiones, si no os enmendais, si no sois buenos, consiste en que no poneis los medios necesarios para lograr tanta dicha, Nada os falta por parte de Dios: vosotros sois los que faltais á Dios. Todo lo teneis; luces, auxilios, exhortaciones, ejemplos edificantes, altar y templo; confesion para sanar, y comunión para ser fuertes, todo lo tenéis á vuestra disposicion. Una cosa os falta, á saber; la voluntad. ¡Ah! Si no quereis, no os podrá salvar nadie, ni el mismo Dios con ser omnipotente. Tened voluntad seria, resuelta y perseverante de vencer, y yo os lo prometo en nombre de Dios: Vencereis al mundo, al demonio y la carne, porque luchará con vosotros el Señor de las victorias, el Rey bondadoso y magnifico, que ha vencido á todos sus enemigos y tiene coronas eternas para nosotros en el reino inmortal de los cielos. Amen.

#### LA COSTUMBRE DE COLOCAR

UNA CALABERA AL PIÉ DE LOS CRUCIFIJOS.

A primera vista se creerá cosa natural que esta costumbre se ha introducido

para no perder de vista la muerte y pasion de un Dios Salvador.

Acaso la piedad de nuestros padres añadió esta señal notable, á fin de que les recordase la nada de las cosas de la tierra y la necesidad de hallarse siempre dispuestos á morir, para no perder los beneficiosos frutos de la Redencion.

En esta imágen de la muerte á los piés de Jesucristo ¿acaso no puede verse tambien el símbolo de la victoria que el Divino Redentor consiguió con su gloriosa resurreccion? Este podria ser el sentido piadoso y místico que pudiera darse á la figura fúnebre que generalmente se vé bajo la imágen de Cristo en la Cruz, y que tambien llevan algunos Religiosos pendiente de su cintura y junto al rosario; inspirando la una temor y la otra confianza.

Hé aquí ahora otra explicacion histórica que, sin poder afirmar su certidumbre, no deja de tener mucho interés, y además sirve para satisfacer al arqueólogo cristiano.

En la capilla del Calvario, erigida en el mismo monte Gólgota donde fué crucificado el Redentor, se vé aún el hoyo en que se clavó la Cruz, y al lado la hendidura que se abrió en la roca cuando la naturaleza condolidada anunció al universo la muerte del Hombre Dios, por medio de los admirables prodigios que refiere el Evangelio.

(Continuará.)

